

vano se esfuerzan en quebrantar las tres divisiones que Lannes lleva á Napoleon, pero ha reformado su línea de artillería, y sus balas rasas y granadas abren espantosas brechas en sus filas.

La batalla había vuelto, pues, á tomar las condiciones de la víspera, es decir, á una resistencia enérgica detrás de las casas ruinosas de los dos pueblos de Aspern y de Essling. Essling fué tomado hasta cinco veces por los austriacos y otras cinco fué recuperado por los franceses. Los ataques dirigidos contra el centro, en donde Lannes ha vuelto á ocupar las posiciones de la mañana, no son más decisivos. El cuerpo de Hohenzollern y la caballería de Liechtenstein encuentran las divisiones que acaban de combatir en la llanura del Marchfeld; no pueden empero forzar ese puesto del que depende la salvación del ejército francés, mas sin saberlo le causan una pérdida más temible que una derrota. El mariscal Lannes cae destrozadas las rodillas por una bala de cañón. En este mismo momento, gracias á un arranque de irresistible impetuosidad, Rosenberg consigue, en fin, hacerse dueño de Essling, del que arranca los restos mutilados de la división Boudet estableciéndose allí con las reservas del archiduque. Pero el general Moutón, el mismo que nuestra generación ha conocido con el nombre de conde Lobau, en el momento mismo en que los franceses se ven obligados á tomar por la estrecha península empujados hacia el río, avanza á la cabeza de los fusileros de la Guardia. Nada resiste á su fría intrepidez; carga á los austriacos á la bayoneta, y los arroja al extremo del pueblo.

Esta última tentativa descorazonó á los austria-

cos, que desde este momento se limitaron á cañonear á distancia á los franceses...

Llegada la noche, Napoleon hizo repasar sus tropas á la isla Lobau...

En el momento mismo en que Napoleon pasaba á la isla Lobau, apercibió la litera en donde yacía su antiguo compañero de armas, Lannes, á quien se le acababa de practicar la amputación. Se precipitó á él y le cubrió de besos. Al otro día fué á visitarle en una casa de Ebensdorf á donde había sido trasladado el mariscal...

Una carnicería horrible por lo menos de cincuenta mil hombres caídos en un solo encuentro sin otro resultado que las bravatas de los boletines; la fortuna de nuevo incierta; las naciones inquietas, agitadas por un hálito de libertad y no esperando mas que un momento favorable para correr á las armas; Napoleon detenido en su carrera y tenido en jaque por un adversario sorprendido de no haber sido vencido; tales eran los incidentes inesperados, conmovedores, que Europa seguía con una atención llena de ansiedad, fijos los ojos en esta isla oscura en donde iban á jugarse de nuevo muy pronto sus destinos por segunda vez.

Mientras los pueblos se preguntaban cuál iba á ser el final de ese gran duelo, un nuevo actor había aparecido en escena. Allá á lo lejos, al otro extremo del horizonte, en los confines de esta tierra de sorpresas que se llama España, se distinguía una tumultuosa confusión que iba creciendo de hora en hora. Era el ejército de Wellington quien desembarcaba de Portugal arrojando á las legiones de Soult que se le ponían delante.



## CAPITULO XXI

### ESTADO DE EUROPA DURANTE LA CAMPAÑA DE AUSTRIA

Efecto que causa en Francia la batalla de Essling.—Imprudencias de Napoleon.—Sus resultados.—Francia y Napoleon.—Estado de exaltación de Alemania.—Manifestaciones femeninas.—La guerra de guerrillas imposible en Alemania.—Campaña de Schill.—Su muerte: 31 de Mayo de 1809.—Cómo trató Napoleon á los vencidos.—Campaña de Brunswick-Oels.—Cómo auxiliaba Inglaterra á los enemigos de Napoleon.—Prepara una gran expedición.—Egoísmo de sus preparativos.—Qué se proponía Inglaterra.—Situación y pusilaminidad de Prusia.—El gobierno prusiano y la nación.—Prusia y Francia.—Viena y Berlín.—Reclama Austria la intervención de Prusia.—Debilidad del rey Federico Guillermo.—El papa Pio VII excomulga á Napoleon.—Responsabilidades papales.—Actitud de Napoleon.—Sus instrucciones á Murat y á Miollis.—Reservas y temores de Napoleon.—Secuestro del Papa.—Cómo procura Napoleon hacer cargar á sus subordinados con la responsabilidad de lo ordenado por él.—Asaltan los franceses el Quirinal.—Cómo se intimó al Papa que renunciase á su poder temporal: 6 de Julio.—Sale el Papa para Florencia.—Cómo el archiduque Carlos fortificaba sus posiciones.—Dificultades para concentrar las fuerzas austriacas.—El archiduque Juan.—Concentración del ejército francés.—Preparativos de Napoleon para pasar el Danubio.—Derrota del archiduque Juan en Raab: 14 de Junio de 1809.—Procura Napoleon reunir la mayor gente posible.—Quiere alistar á la gente de mar de dos escuadrillas rusas.—Niéganse sus almirantes.—Marcha Davout contra Presburg.—Crueldades de Davout.—Concéntrase el ejército francés en la isla Lobau.—Paso del Danubio: noche del 4 al 5 de Julio.—Toman los beligerantes posiciones: 5 de Julio.—Intenta Napoleon sorprender á los austriacos.—Es rechazado.—Batalla de Wagram: día 6 de Julio.—Retirada de los austriacos.—Torpe persecución de los franceses.—Marmont en Znaim.—Armisticio entre Austria y Francia.



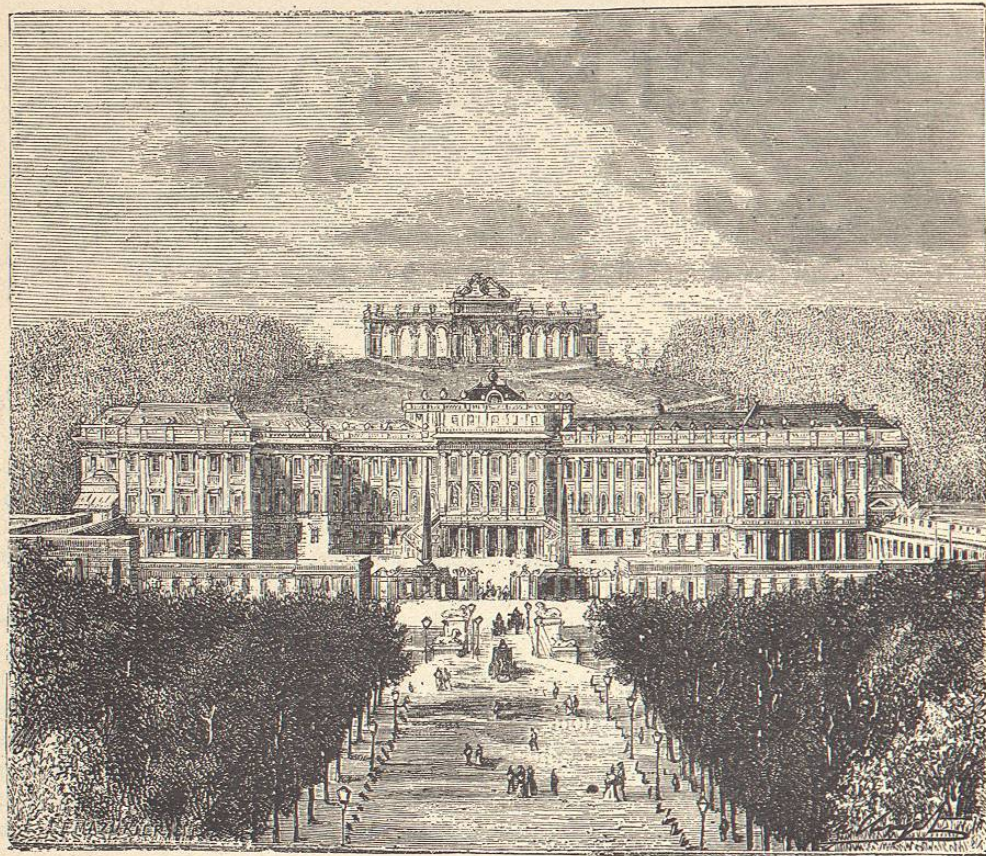
AS jornadas de Aspern y de Essling tuvieron en Europa una resonancia casi igual á la que alcanzaron Bailén y Cintra. En la misma Francia, en donde podía saberse á ciencia cierta á qué circunstancia fatal se debió que la jornada de Essling no fuera decisiva, el desencanto fué grande á pesar de que Napoleon trompetó sus victorias á más y mejor. A esta circunstancia, por cuanto se sabía que tampoco era cierta la victoria, debió Napoleon que la mayoría de los franceses no creyeran la verdad que conocían de sobras y que fuera general ó poco menos la creencia de que estaba cercado en la isla Lobau. En esta ocasión un hombre menos infatuado que Napoleon hubiera visto claro que Francia lo sufría y no amaba

en él más que al soldado glorioso, que nada había fundado ni establecido cuando se creía inquebrantable y que al primer revés serio que sufriera se levantarían los primeros contra él sus mismas hechuras. Júzguese, pues, por esto cual había de ser la situación de ánimo del resto de los pueblos de Europa, alentados por los contratiempos del emperador en el Danubio y por los triunfos de los ingleses en España.

Así la insurrección tiroleza un instante dominada cobró nuevos bríos, y por segunda vez dominó en el Tirol arrojando de él á bávaros y franceses, y á su ejemplo Alemania entera se sentía como electrizada por los grandes triunfos del mesonero Andrés Hofer el héroe popular ya de Alemania contra Napoleon.

«Alemania, —dice Lanfrey,— estaba dispuesta para la insurrección, gracias al incesante trabajo del *Tugendbund* y de las sociedades secretas. Las mismas mujeres se constituían en todas partes en agentes de esta conspiración, ostentando sus insignias, es decir, se mostraban adornadas con adornos de acero, símbolo de la regeneración por el hierro. Sobre este particular son curiosas las memorias de

Beugnot quien á la sazón administraba el gran ducado de Berg. No hay duda que, ni las costumbres, ni los lugares, ni los caracteres se prestaban á movimientos insurreccionales del género de aquellos que tan difíciles de domar eran en España. La demostración de este hecho quedaba hecha desde el principio de la campaña. Las tentativas de Dornberg en Westphalia, de Kalt en Magdenburg, del



Palacio de Schoenbrunn.—Viena

caballeresco Schill en Berlín, habían abortado sucesivamente faltas de conjunto, ó por mejor decir, faltas de un terreno favorable á la guerra de guerrillas. Sin embargo, no por esto dejaban de ser un testimonio menos significativo del sentimiento nuevo que agitaba á esos pueblos de ordinario tan pacíficos. El instrumento de liberación existía, sólo se necesitaba saber ponerlo en obra; y si, en vez de insurrecciones descosidas, intempestivas, se organizaba un movimiento único y concertado, si se obraba con disciplina, si un gobierno osaba tomar la iniciativa y la dirección, tal vez se le daría una impulsión que lo arrastraría todo. ¿Quién puede predecir el efecto que hubiese causado en Alemania un gran desembarco inglés partiendo de las bocas del

Elba, y remontando el curso de ese río, para caer sobre las comunicaciones en el momento mismo en que atrevidos guerrilleros, mejor secundados, hubiesen levantado á los pueblos por toda la extensión del suelo germánico?

»Schill parecía esperar y llamar una diversión de este género cuando, después de haber amenazado un instante las fronteras de Westphalia y del gran ducado de Berg, se arrojó bruscamente sobre las ciudades anseáticas. Pero el esperado socorro no vino. Schill se había adelantado, y pagó su vida su generoso error. Desautorizado por su país, insultado con el título de desertor por el gobierno prusiano, con el de ladrón por los boletines de Napoleon, puesto fuera de la ley por el rey Jerónimo, que se

vengó del miedo que le había causado poniendo á precio su cabeza, en fin perseguido, acosado por las tropas danesas y las columnas del general Gratien, cayó como un héroe bajo los muros de Stralsund, cargado de este oprobio oficial que el porvenir cambia en pura gloria, con el eterno honor de haber sido el primero, sino el más grande de esos dignos mártires cuya sangre sirvió para rescatar la patria alemana.—31 de Mayo de 1809.

»Los compañeros de Schill fueron enviados á presidio por orden de Napoleon:—«Los hombres

de la partida de Schill que no han sido pasados por las armas,» osó decir más tarde el *Moniteur*, han sido conducidos á los presidios de Tolon, en número de 360... No merecen mas que desprecio los que se creen otra cosa que ladrones ordinarios, cuyo oficio ejercen, sólo porque llevan un uniforme.....» Pero ni esta ignominia, ni la memoria de este trágico fin cegaron la fuente de la abnegación. La bandera que había caído de las débiles manos de Schill, la recogió al instante Brunswick-Oels.

»Este era el hijo del valiente vencido de Jena. A



CONDE BEUGNOT

pesar de los primeros reveses que habían demostrado la ineficacia de las tentativas parciales, nada se había perdido de este lado, y las probabilidades de una grande insurrección alemana quedaban enteras y abiertas al que supiera cogerlas. Aquí, precisa decirlo, Austria resistiendo bajo la dura presión de la mano de hierro que la sujetaba, difícilmente podía tomar la iniciativa. Este papel correspondía naturalmente ora á Inglaterra, ora á Prusia, potencias que no estaban menos interesadas en la derrota de Napoleon.

»Inglaterra había ya pagado y pagaba todavía mejor que otra potencia alguna su deuda á la causa de la libertad europea. Sus inagotables subsidios estaban á disposición de quien quisiera tomarlos; iban como un río de oro desde hacía algunos años á llenar los agotados tesoros del continente. Sus

armadas bloqueaban sin tregua ni descanso las costas de Europa. En España hacía más; su ejército era el nervio mismo de la resistencia, el centro sólido á cuyo alrededor se agrupaban todas las fuerzas de la insurrección. En Italia sus expediciones hacían vivir al rey Murat en perpétua alarma. Los enormes preparativos que estaba haciendo para dirigirse de nuevo contra Francia por un punto aún desconocido, podían ser de un socorro inestimable para Alemania, á condición de que ese punto de ataque fuese bien escogido y que la diversión se operase á tiempo. Conforme á estas dos condiciones, lo que se sabía por vagas apariencias de la gigantesca empresa que se preparaba ésta, era ya mal concebida. Una preocupación egoísta, el deseo de destruir los establecimientos franceses de Amberes, hacía perder de vista á los que la conducían la ne-